

Castora

La tía Castora mató a un hombre. En realidad, no tenía parentesco con mi familia, pero vivía en la casa desde que los que están vivos recuerdan. La tía Castora era una mujer hermosa, de una belleza turbadora, salvaje. No muy corpulenta pero fornida, con un cuerpo compacto y con unos pequeños ojos verdosos que iluminaban esa belleza de una forma incoherente.

Nadie sabía a ciencia cierta la procedencia de la tía Castora. Únicamente mi bisabuela, Mari Pepa, que la recogió en casa, sabía su historia. Saber que jamás compartió con nadie, incluido su marido. Solo se supo que no tenía a nadie en el mundo. Ese halo de misterio contribuía a su hermosura física. La tía Castora era una más de la familia y, como tal, ejercía las labores compartidas, tanto de la casa como las del campo, además de ser una excelente bordadora. De ello hay delicadas pruebas repartidas por toda la familia.

Una tarde de otoño, de esas tardes húmedas y plomizas típicas de aldea, Castora se sentó en la mesa-camilla al calor del brasero y, con tono suave, comenzó a hablar con mi bisabuela, de esa forma en que sólo ella sabía hacerlo, restándole importancia y procurando disculpar a los demás: “*¡Mire, Mari Pepa, que eu xa matei un home!*”. Mi bisabuela, mujer bregada en muchas vicisitudes, no mostró mucha sorpresa. Tenía, a esas alturas de su vida, la fría mirada típica de la ceguera. “*Que si mujer que dices... que cuéntame... que cómo fue...*”. El relato fluyó como la niebla de la misma tarde, suave y ligero, con el toque amargo de las historias ancestrales, pero sin el resentimiento de la lejanía temporal.

Un anochecer, a la vuelta de las labores del campo, Castora se encontró con el médico de la Villa, hombre robusto y cachazudo, licenciado en Compostela y que disfrutaba de una casona en los alrededores de ... con una hermosa viña de la que extraía un más que afamado aguardiente. El fuerte olor a alcohol envolvía al médico. “*¡Castora, Castoriña!... Que si que fermosa estas hoxe... que si dame un biquiño... que si che dou o que ti queiras...*”. En el forcejeo, al médico

le dio tiempo a quitarse los tirantes y bajarse los pantalones, torpemente, mientras con la otra mano tenía aprisionada con firmeza una muñeca de la tía Castora. Ese fue el momento que aprovechó Castora para, con la mano libre, empujar por el pecho al médico. Este, con el pantalón por los tobillos y las nubes de aguardiente girándole en la cabeza, trastabilló hacia atrás con los brazos haciendo molinete y dando pasitos cortos, perdió la verticalidad yendo a parar su nuca contra un penedo. El hombre quedó inmóvil, estirado su corpachón al lado de las xestas que había elegido para esconder la felonía. Castora, al acercarse, advirtió el pequeño hilillo de sangre que brotaba tras la cabeza del médico. Asustada, recompuso su ropa, se envolvió en el chal y, aligerando el paso, continuó hasta llegar a casa, donde se cambió el vestido y no dijo nada a nadie.

“Que si imaxínese... que si que mal tería ese home... que si o augardente non lle deixaba pensa-lo... iso foi a bebida Mari Pepa...”. La lágrima resbaló por la mejilla izquierda y rompió en su mano, salpicando el mantel bordado, en forma de diminutas gotas de amargura.

La bisabuela calló. Asentía suavemente, como dándole la razón a una sinrazón que sabía que no podía aprobar. Calló y mandó callar a su protegida. Castora cogió entre sus manos una de las de mi bisabuela y la estrechó suavemente.

Al día siguiente del hecho, un campesino de la zona encontró el cadáver del médico, desnucado, oliendo a aguardiente y con los pantalones bajados detrás de unas xestas. El juez no lo dudó un instante; *“Al ir a hacer sus necesidades perdió el equilibrio debido a la borrachera y, golpeándose la cabeza con una piedra, se desnucó”*. Era campechano el juez. Un accidente desgraciado. Ni autopsia, ni investigación, ni siquiera sospechas. Solo la famosa y cruel ironía lugareña: *“¡Cagouna!”*.

Cuarenta años hacía que los hechos habían ocurrido. Nunca entendimos en la familia por qué la tía Castora esperó tanto tiempo para aliviar su conciencia con alguien. Nadie supo jamás la verdad del asunto, excepto mi bisabuela, que no volvió a hablar del tema en toda su vida, y la mayor de mis tías que, siendo todavía niña, estaba escondida detrás de los cortinones que separaban la sala de la estancia contigua el día de la confesión. Tampoco mi tía, en su inconsciencia infantil, hizo referencia a la historia. Historia que refirió a una de

mis hermanas durante el velatorio de un familiar, momento propicio para todo tipo de confesiones, y que yo os dejo ahora tal y como mi hermana me la relató, sin añadir ni quitar nada.